



LA
RIVALIDAD
QUE
DESTRUYÓ
LA
REPÚBLICA
ROMANA

CÉSAR
C O N T R A
CATÓN

JOSIAH OSGOOD

CRÍTICA

Josiah Osgood

César contra Catón

La rivalidad que destruyó
la República romana



Traducción castellana de
David Paradela López

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2024

César contra Catón. La rivalidad que destruyó la República romana
Josiah Osgood

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Uncommon Wrath: How Caesar and Cato's Deadly Rivalry Destroyed the Roman Republic*

© Josiah Osgood, 2022

© de la traducción, David Paradela, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-611-8
Depósito legal: B. 21.815-2023
Impresión y encuadernación: Black Print
Printed in Spain - Impreso en España



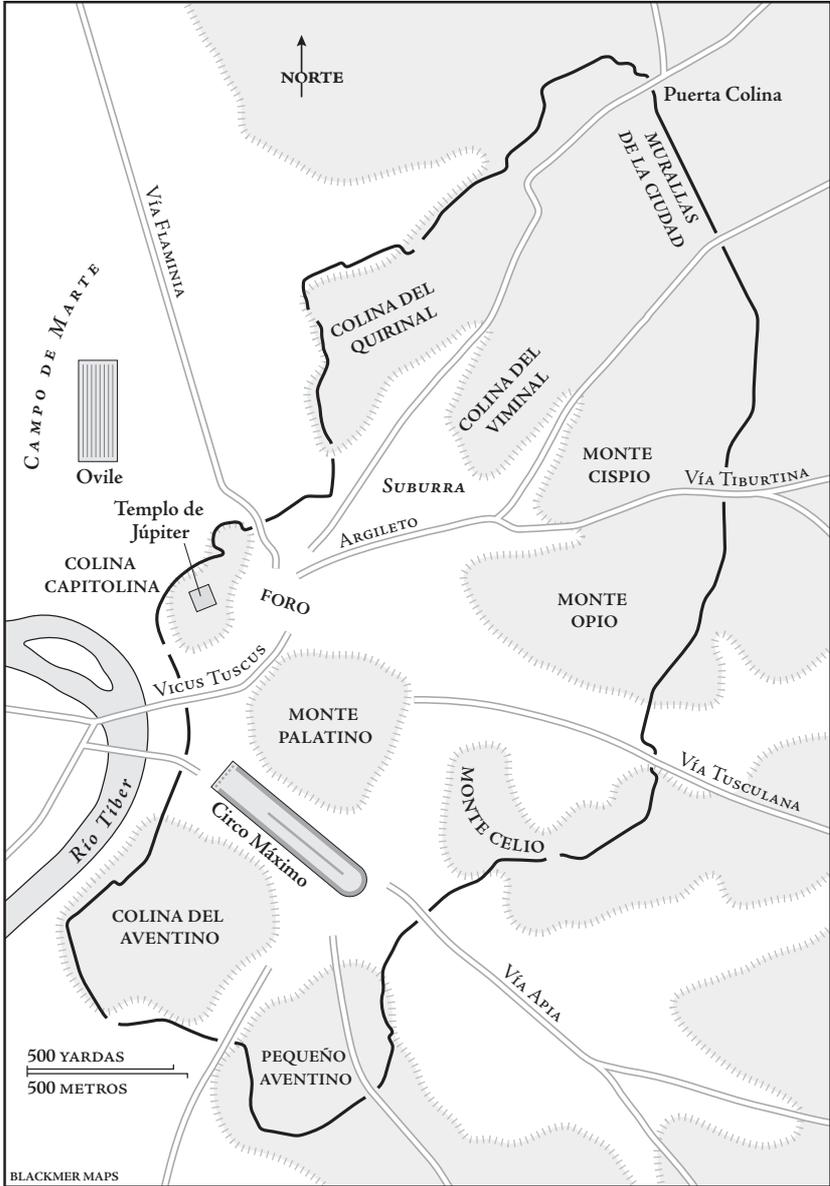
Capítulo 1

Creecer en plena guerra civil

Una gran multitud se aglomeraba en el Foro, la inmensa plaza situada en el centro de Roma, rodeada de templos y edificios porticados construidos por los prohombres de la República. La mayor parte de la gente debía de agolparse a ras de suelo, pero es probable que algunos se subieran a las escaleras de los templos o se encaramaran a los balcones de los edificios para disfrutar de mejores vistas. Estaba a punto de celebrarse el funeral de Julia, viuda del gran general Mario.¹

Corría el año 69 a. C. y habían pasado un par de décadas desde que las disputas entre Mario y su rival Sila habían precipitado la primera guerra civil romana. Mario había muerto a los dos años de iniciada la guerra, pero el hijo que había tenido con Julia continuó luchando hasta ser derrotado en un asedio cuatro años más tarde. La cabeza de Mario el Joven fue una de las que Sila exhibió en el Foro, justo donde ahora iba a empezar el funeral de su madre. «Antes de tomar el timón, hay que aprender a manejar el remo», cuentan que dijo Sila cuando le presentaron la cabeza de su enemigo.² Movido por sus ansias de venganza, Sila incluso desenterró las cenizas de Mario, las arrojó al río y derribó todas las estatuas y monumentos erigidos en honor de sus victorias. Durante años, la familia quedó relegada al olvido oficial.

Los funerales de los grandes hombres de Roma eran desde hacía tiempo uno de los espectáculos de la ciudad. El cuerpo del difunto se colocaba sobre unas andas y era transportado hasta el



Roma, hacia el año 100 a. C.: se aprecian las colinas, las murallas construidas en el siglo IV a. C. y algunas vías y lugares importantes. En el Campo de Marte, una llanura aluvial del Tíber, los jóvenes recibían instrucción militar, y una de las asambleas populares, originalmente de carácter militar, se reunía en un gran recinto descubierto dividido en naves, conocido como el Ovile («redil de ovejas»). El Circo Máximo era una pista para carreras de carros.



Relieve de mármol que representa una procesión funeraria romana. El difunto yace en unas andas llevadas por ocho porteadores, con acompañamiento de músicos y plañideras. © *L'Aquila, Abruzzo, Italia, Luisa Ricciarini/Bridgeman Images*.

Foro, con acompañamiento de músicos y plañideras. Delante de las andas iban actores contratados para interpretar a los antepasados del difunto que habían desempeñado cargos políticos. Los actores llevaban máscaras de cera que representaban el rostro de los difuntos con siniestro realismo y se vestían con el atuendo adecuado al rango de aquellos a quienes interpretaban: una toga con borde púrpura para un cónsul, por ejemplo.³

Celebrar grandes funerales en honor de las mujeres de las familias políticas era algo más novedoso. Las mujeres no podían ocupar cargos públicos —ni siquiera votar en las elecciones—, pero con el tiempo habían adquirido mayor protagonismo en la vida pública. Visitaban los templos para rendir culto a los dioses, asistían a los juegos e intercedían ante los políticos varones en nombre del pueblo. Los funerales de las mujeres honraban su lugar en la comunidad y brindaban a sus parientes masculinos la oportunidad de promocionarse tanto a sí mismos como a sus familias.

Fue el ambicioso sobrino de Julia, César, que a la sazón contaba unos treinta años, quien en esta ocasión organizó los festejos. Los Julios, como las otras pocas familias patricias que sobre-

vivían en esa época, eran un linaje antiguo pero que había dejado escasa huella en la historia. Es probable que el joven César se hubiera dado cuenta de que el armario de madera de la casa familiar donde se guardaban las máscaras de los antepasados que habían ostentado cargos públicos contenía pocas incorporaciones recientes. Para compensar, la familia insistía en que descendían de la diosa Venus y su hijo Eneas, el príncipe troyano al que los romanos reivindicaban como progenitor. En el desfile fúnebre del año 69, César pudo incluir, además de las máscaras de los Julios, las de los Marcios Reyes, la familia de la madre de Julia y abuela de César, Marcia. También estos eran patricios y afirmaban descender de Anco Marcio, uno de los reyes que gobernaron Roma antes de la fundación de la República.⁴

El clímax del funeral llegó con el panegírico pronunciado desde la tribuna de oradores situada en el extremo del Foro, conocida como la rostra. César fue el encargado de hablar y, según lo habitual en este tipo de discursos, recordó con solemnidad la ascendencia de su familia: «El linaje de mi tía Julia desciende de reyes por línea materna, mientras que por la paterna esta unido con los dioses inmortales». Es probable que dejara pasar unos instantes antes de continuar. «Pues de Anco Marcio parten los Marcios Reyes, que fue el nombre de su madre; de Venus, los Julios, de cuya estirpe es nuestra familia.» Y remató diciendo: «Coexisten, pues, en su linaje el carácter sagrado de los reyes, que ostentan entre los hombres el máximo poder, y la reverencia debida a los dioses, a quienes hasta los reyes se encuentran sometidos».⁵

César desplegó en su discurso todo su saber retórico. Los Julios no podían presumir de las hazañas ancestrales de muchas otras familias nobles, pero por los audaces comentarios de César nadie lo diría. Además, desde el punto de vista de la multitud reunida ese día, César se apuntó un tanto todavía mayor: el desfile no solo incluía las máscaras de los Julios y los Marcios, sino también las de Mario y su hijo, cuya exhibición pública había sido prohibida por Sila. Hacía años que el pueblo de Roma ni

siquiera podía admirar una estatua de Mario. Al ver aquello, la gente gritó y aplaudió de alegría. Era como si su antiguo héroe, el hombre que había salvado a Roma de la invasión germana, hubiera vuelto a la vida.

Como se demostró en el funeral de su tía, Gayo Julio César, nacido en el año 100 a.C., tenía una doble herencia poco común. Por un lado, era un Julio patricio, pero, por otro, su pariente más importante era Mario, uno de los mayores advenedizos de la historia política romana. Aunque los Julios llevaban siglos de capa caída, conservaban su nobleza por el hecho de que sus antepasados varones habían desempeñado altos cargos políticos. Como noble que era, se esperaba que César concurriera a las elecciones e intentara ascender en el escalafón de las magistraturas, desde el peldaño más bajo de cuestor, un cargo económico, hasta el consulado. También se esperaba que prestara servicio en el ejército y arriesgara su vida en el campo de batalla para labrarse una reputación como hombre valeroso.⁶

En las décadas anteriores al nacimiento de César, la suerte de los Julios había empezado a experimentar una modesta mejoría. Muestra de ello fue el matrimonio del abuelo paterno de César con la ilustre familia de los Marcios Reyes. Más tarde, el padre de César se había casado con Aurelia, que pertenecía a una pujante familia de la nobleza plebeya. En origen, la llamada plebe era el pueblo llano de Roma, y el término todavía podía utilizarse para referirse a las masas. Sin embargo, con el paso de los siglos y gracias a la desaparición de muchas de las familias patricias originales, algunos linajes plebeyos habían escalado posiciones y alcanzado un gran poder. Aurelia, que probablemente fuera hija y nieta de cónsules, poseía los conocimientos y los contactos necesarios para facilitar que su hijo hiciera carrera en política. Fue ella la que supervisó su educación infantil y durante años veló por sus intereses. Con el tiempo, se convertiría en epítome de la matrona romana fuerte. En cuanto a su marido, su carrera se

estancó en la pretura, la magistratura inmediatamente inferior al consulado, y falleció cuando César tenía quince años.⁷

Tan importante como la noble ascendencia de César era su relación con Gayo Mario, que durante muchos años fue el hombre más influyente de Roma. Mario era lo que los romanos denominaban un «hombre nuevo», el primero de su familia en ocupar un cargo. Ni una sola máscara adornaba su casa, aunque Mario lo compensaba alardeando de que sus máscaras eran las medallas que había ganado en campaña y las cicatrices que surcaban la parte delantera de su cuerpo, el único lugar aceptable donde un romano podía sufrir heridas de guerra.⁸ Mario provenía de una aldea en las escarpadas montañas del sureste de Roma. Valiente y trabajador, llamó la atención de un noble prominente que se lo llevó a Hispania. Su reputación despegó cuando su general lo vio derribar a un enemigo en combate cuerpo a cuerpo.

Siempre que le hizo falta, Mario se sirvió de sus contactos con la aristocracia, a pesar de que su poder político provenía, sobre todo, de hostigar a la nobleza. En el 119 a. C., fue elegido tribuno de la plebe. Cada año se elegían diez tribunos, que por tradición debían representar los intereses de la población plebeya. Ejercían control directo sobre una de las asambleas populares, el concilio de la plebe, en la que podían votar todos los ciudadanos varones, a excepción de los patricios.⁹ Mario introdujo una ley destinada a garantizar el secreto del voto en dicha asamblea, lo cual ponía en peligro el control de los nobles sobre los votantes más pobres. Uno de los cónsules persuadió al Senado para que se opusiera a esa ley y convocara a Mario para que diera explicaciones. El Senado, dominado por la nobleza, no podía aprobar leyes, pero emitía decretos supuestamente revestidos de autoridad, como el que ordenaba a Cicerón ejecutar a los conspiradores catilenarios en el 63. Cuando Mario compareció ante el Senado, lejos de retractarse, como debería haber hecho un hombre nuevo, amenazó con encarcelar al cónsul, algo que como tribuno podía hacer. El Senado cedió y la ley de Mario quedó aprobada.

La elección de Mario al consulado una década más tarde enfureció aún más a la nobleza. Desde hacía años, venía librándose una guerra entre Roma y un rey del norte de África llamado Jugurta. Mario, que poseía buenas dotes como comandante militar, entró a formar parte del estado mayor de uno de los generales que el Senado había puesto al mando. Gracias a sus éxitos en esa campaña y a su disposición a sufrir con ellos las penalidades de la guerra, se ganó el favor de los soldados, que pronto quisieron que asumiera el mando supremo. Cuando Mario solicitó permiso a su comandante para regresar a Roma y presentarse como candidato a cónsul, el noble respondió desdeñoso que ya le llegaría la hora de presentarse cuando pudiera hacerlo también el hijo del comandante, por entonces aún muy joven. Finalmente, obtuvo permiso para regresar a la capital, donde supo sacar rédito de sus hazañas: al vincular los continuos fracasos militares en África con la altanería de la nobleza, Mario convirtió su condición de hombre nuevo en virtud y consiguió ser elegido para uno de los dos consulados del año 107.¹⁰

Una de sus primeras medidas fue solicitar al concilio de la plebe que lo designase comandante en la guerra contra Jugurta, lo cual contravenía la habitual prerrogativa del Senado en ese tipo de asignaciones. Reunió tropas de refresco, en las que permitió alistarse incluso a los ciudadanos sin propiedades. Según la tradición, los ciudadanos debían procurarse sus propias armas y armaduras para combatir en las legiones, es decir, que debían poseer cierta riqueza. En ocasiones, se había prescindido de ese requisito, pero Mario acabó suprimiéndolo de forma definitiva.

Armado con su nuevo ejército de incondicionales, Mario puso fin con éxito a la guerra y por ello se le concedió un triunfo, el honor militar supremo de la República. Jugurta, cuya fortuna había quedado reducida a un simple pendiente de oro, fue paseado con cadenas por las calles de Roma y encerrado en una mazmorra a la espera de ser ejecutado mientras Mario, coronado con el laurel, desfilaba montado en una cuadriga. Para mayor frustración

de sus enemigos, el mismo día del triunfo, el 1 de enero del 104, Mario era elegido cónsul por segunda vez.

Enseguida centró su atención en otro conflicto que se prolongaba sin que aparentemente los nobles supieran cómo resolverlo. Varios años antes, miles de guerreros germanos procedentes del norte de Europa habían emprendido la migración hacia Italia y en el año 105 habían infligido una grave derrota a las legiones, una de las peores de toda la historia de Roma. Nadie parecía tener la habilidad o la suerte necesarias para derrotar a los bárbaros... hasta que llegó Mario. Entre los años 104 y 100 a. C., el hombre nuevo encadenó cinco consulados consecutivos —algo sin precedentes—, al tiempo que hacía retroceder a los gigantes rubios. El pueblo aclamaba a Mario como salvador de Roma y le tributaba ofrendas y libaciones como si fuera un dios. A su vez, Mario se esforzó por recompensar a sus soldados por las victorias obtenidas y les proporcionó tierras para cultivar. A los itálicos que servían en su ejército les concedió la ciudadanía romana, en un alarde de generosidad nunca visto.¹¹

César encontraría su modelo político más importante en su tío Mario. Ambos defendían a los mismos colectivos: a los romanos de a pie, a los itálicos y, sobre todo, a la tropa. La audacia con que Mario ejercía el mando y su disposición a ponerse en primera línea de batalla fueron también una inspiración para César.

Sin embargo, por muy bien que se le diera a Mario atacar a la nobleza, no era un gran orador, y César tuvo que inspirarse en otros para perfeccionar sus destrezas políticas. En este terreno, César intentó imitar a César Estrabón, un joven pariente de su padre perteneciente a otra rama de la familia Julia. Estrabón era uno de los mejores oradores de su época, famoso por su habilidad para mortificar a sus oponentes mediante la burla. Una vez, viendo a un orador que agitaba demasiado los brazos al hablar desde la rostra, Estrabón gritó: «¿Quién es ese que habla desde una barca?». ¹² En otra ocasión, Estrabón estaba discutiendo con un rival cuando de repente dijo: «Voy a mostrar a los demás cómo

eres». «Te lo ruego», respondió el otro. Entonces, Estrabón señaló con el dedo un escudo germano —expuesto en honor de la victoria de Mario— en el que se veía el retrato de un hombre de aspecto ridículo al que le colgaba la lengua fuera de la boca.¹³ Todo el mundo se rio. César prefería la ligereza y el ingenio de Estrabón a los toscos discursos de Mario.

Marco Porcio Catón, nacido en el 95 a. C., también pertenecía a una familia noble, pero con un perfil diferente del de los Julios. Los Porcios eran, en términos romanos, unos recién llegados. Sus raíces se hallaban en el territorio sabino, en las colinas al noreste de Roma, y no habían obtenido la ciudadanía hasta mucho tiempo después de la expulsión de los reyes y el establecimiento del orden republicano. Habían destacado en la agricultura y en el ejército, pero nunca habían ocupado cargos políticos hasta que, a finales del siglo III a. C., uno de los personajes más extraordinarios de la historia de Roma, Catón el Viejo, hizo que eso cambiara.¹⁴

Catón el Viejo fue otro de los pocos hombres nuevos que llegaron a lo más alto del poder, y para ello se sirvió de varias de las técnicas que más tarde utilizaría también Mario. Defendía los valores tradicionales romanos del trabajo, la austeridad y la voluntad de sacrificarse hasta donde fuera necesario por el bien común, y atacaba a los senadores nobles por no estar a la altura de esos valores. Con su lengua afilada, dejaba a los demás con la palabra en la boca y nunca perdía la ocasión de sacar a relucir su carácter severo. Incluso como general, llevaba su propia armadura como si fuera un legionario más y se conformaba con el mismo rancho que comía la tropa. Solo bebía agua, salvo cuando estaba muy sediento, en cuyo caso pedía un poco de vinagre. Como manta utilizaba un viejo y basto pellejo de animal. Mientras otros comandantes de las provincias romanas de ultramar utilizaban el dinero público para costearse lujosas viviendas, Catón apenas gastaba en nada. Recorría las ciudades a pie, seguido por un solo

esclavo. Su pasatiempo favorito era acusar a otros de malversar fondos. A los romanos los irritaban las interminables cruzadas de Catón contra el lujo, pero se deleitaban viendo con qué dureza trataba a casi todo el mundo: a los grandes senadores, a los reyes extranjeros y, sobre todo, a los médicos griegos de Roma, de los que Catón decía que eran todos asesinos.

Cuando el joven Catón observaba las máscaras de sus antepasados, debía de llamarle especialmente la atención la de su bisabuelo. El viejo Catón se convirtió en el principal modelo de su joven bisnieto, quien a finales de la adolescencia ya destacaba como émulo del estilo de vida austero del célebre censor.¹⁵

Pero en el armario de las máscaras de Catón había un hueco donde debería haber estado la de su padre. Este había muerto siendo Catón muy pequeño, sin llegar nunca a ocupar un alto cargo. Fue elegido tribuno, cargo desde el cual desafió a Mario al ponerse de la parte del Senado en la pugna entre este y el concilio de la plebe.¹⁶ Cuando empezó a forjar su identidad política, Catón, en consonancia con su veneración por el pasado, se adhirió también a esa línea. Como muchos senadores recordarían más tarde, durante la peor crisis del período republicano —la invasión de Italia por Aníbal— fue el Senado el que mantuvo la serenidad y garantizó la supervivencia de Roma.

Poco después de la muerte de su padre, Catón perdió también a su madre, Livia. Catón, su hermana pequeña y dos medio hermanos mayores del primer matrimonio de Livia —un varón y una muchacha— fueron acogidos por Druso, hermano de Livia, que vivía en una casa amplia y elegante en el Palatino, el sector de la ciudad más codiciado por los políticos debido a su proximidad al Foro.¹⁷ Pero Druso falleció también poco después: en el año 91, siendo tribuno, intentó introducir un ambicioso programa de reformas con el objetivo último de reforzar la autoridad senatorial, pero sus planes fueron motivo de controversia y una noche, cuando regresaba a casa con una multitud de partidarios, fue apuñalado mortalmente por un asesino no identificado.

Lo más probable es que Catón, su hermana y sus medio hermanos se quedaran en la confortable casa de Druso, bajo la vigilancia de una tía o una abuela.¹⁸ Al parecer, sus medio hermanos mayores, Servilia y Servilio Cepión, ejercieron casi de padres sustitutos. Cuando de pequeño le preguntaron a Catón a quién quería más, este respondió que a su hermano; cuando le preguntaron quién era la segunda persona a la que más quería, respondió también que a su hermano; y la tercera también, y así hasta que su interrogador se dio por vencido.¹⁹ Catón se sentía muy unido al bondadoso Cepión y aún de adolescente no soportaba comer o bajar al Foro sin él.

Catón también trabó vínculos —cosa que no era de extrañar para un noble romano— con un esclavo, un afable griego llamado Sarpedón, que le hacía de tutor. Sarpedón demostraba una paciencia excepcional con el pequeño Catón, que exigía saber la razón de todo y no paraba de preguntar el porqué de las cosas.²⁰ Probablemente otro tutor le habría tirado de las orejas por impertinente, pero Sarpedón se esforzaba por responder a las preguntas de su pupilo, al que tomó un gran afecto y acompañó hasta la adolescencia.

Los primeros biógrafos de Catón insisten en que ya de niño daba muestras de su conocida tendencia posterior a pensar por sí mismo y a actuar con independencia.²¹ En una ocasión, Catón asistió a una fiesta de cumpleaños en la que los muchachos se entretenían yendo a una parte separada de la casa y fingiendo que se juzgaban los unos a los otros, pronunciando discursos de acusación y castigando a los condenados.²² Uno de estos, un niño muy bien parecido, fue encerrado en un cuarto por otro chico mayor y le pidió ayuda a Catón, que se abalanzó sin miedo sobre los que vigilaban la puerta, rescató al chiquillo y se lo llevó a casa hirviendo de rabia. El pequeño no solo había estado a punto de sufrir una violenta agresión sexual, sino también de ver su honor mancillado para siempre. Con este episodio, los biógrafos de Catón dan a entender que, a pesar de su temprana edad, este ya estaba dispuesto a actuar cuando

creía que se estaba cometiendo un atropello. Los niños pueden tener un profundo sentido de la justicia. Catón lo tuvo toda la vida.

Catón y César se formaron bajo el influjo de sus parientes vivos y sus antepasados muertos, pero la figura dominante de sus primeros años fue Sila.

Lucio Cornelio Sila destacaba por su cabello rubio y sus penetrantes ojos azules, rasgos poco comunes en Roma. Como César, Sila había nacido en el seno de una familia patricia venida a menos. Tenía pocas máscaras que exhibir y una posición económica modesta. Cosa inhabitual en un patricio, Sila compartía alojamiento en un edificio de apartamentos con un antiguo esclavo y pasaba el tiempo rodeado de actores y artistas. Gracias en parte a la herencia de una rica meretriz que se había encariñado con él, pudo emprender la carrera pública y se unió al partido de Mario durante la guerra contra Jugurta. Fue Sila quien, mediante negociaciones con el suegro de Jugurta, capturó al rey tras una arriesgada misión. Aquel éxito le reportó un gran reconocimiento y, desde entonces, Mario siempre estuvo resentido con aquel joven que lo había eclipsado a la hora de poner fin a la larga guerra.²³

Los dos llegaron a las manos en el año 88. A pesar de que ya tenía unos setenta años y sufría de sobrepeso, Mario estaba decidido a liderar la guerra contra Mitrídates, un rey oriental que poco antes había invadido territorio romano en Asia Menor y había perpetrado una tremenda masacre entre los romanos que vivían allí. Mario no solo aspiraba a un último triunfo con el que coronar su ya extraordinario palmarés, sino también a desquitarse por fin con Sila, que por entonces ejercía como cónsul y había recibido el mando militar de manos del Senado, según el uso tradicional. Pero Mario estaba viejo y los romanos veían con lástima cómo bajaba todos los días al Campo de Marte para intentar seguirles el ritmo a los jóvenes soldados durante los ejercicios militares. Muchos opinaban que aquel anciano artrítico habría

estado mejor en los baños calientes de la bahía de Nápoles, donde poseía una villa.²⁴

Recurriendo a técnicas que ya había utilizado antes, Mario hizo que el concilio de la plebe aprobara una ley que le otorgaba el mando contra Mitrídates. En respuesta, Sila dio un paso imprevisto que lo distinguiría de todos sus contemporáneos y marcaría un punto de inflexión en la historia de la República: marchó sobre Roma con un ejército. La gente se subió a los tejados y arrojó piedras y tejas contra las fuerzas de Sila mientras estas desfilaban por la ciudad. Para que nadie lo detuviera, Sila dio orden de prender fuego a las casas y él mismo tomó una antorcha. Mario, por su parte, reunió a un grupo de hombres armados e intentó hacer frente a Sila en las calles, pero, a la vista de la superioridad numérica de su rival, tuvo que huir de Roma. Al día siguiente, Sila convocó al Senado y declaró a Mario y a sus partidarios enemigos de la República.

Recuperado así el mando en la guerra contra Mitrídates, Sila se dirigió a Oriente en busca de una gloriosa victoria. En su ausencia, Mario regresó a Roma y se hizo con el control de la ciudad. Loco de rabia por lo que había sufrido, ordenó a la banda de esclavos que formaban su guardia personal que asesinasen a todos sus enemigos. Las calles se llenaron de cuerpos decapitados. Mario fue elegido cónsul por séptima vez en el año 86 a. C., un hecho sin precedentes, pero murió a las pocas semanas de iniciar su mandato.²⁵

La muerte de aquel anciano amargado supuso un alivio para la ciudad de Roma, pero no puso fin al conflicto. Los aliados políticos de Mario, entre ellos su colega de consulado, Lucio Cornelio Cina, no lograron alcanzar ningún acuerdo con Sila, que quería vengarse de sus oponentes. Cina hizo preparativos para combatir militarmente a Sila, pero murió apuñalado durante un motín promovido por algunos de sus soldados. Los partidarios más acérrimos de la causa de Mario pusieron sus esperanzas en el joven e inexperto hijo de este, quien, en contra de los deseos de su madre, Julia, fue elegido cónsul.

No tenemos constancia de qué pensaba el joven César en aquel momento sobre los excesos de su tío o el previsible fiasco de su primo. Solo sabemos que Mario y Cina propusieron a César para cubrir una vacante en el sacerdocio de Júpiter.²⁶ Los patricios eran los únicos que podían ocupar semejante puesto, que al igual que otros cargos religiosos llevaba aparejada una gran distinción. Curiosamente, ese sacerdocio en particular imponía también muchos tabúes a quien lo desempeñaba: el sacerdote de Júpiter tenía prohibido montar a caballo, pasar más de una noche fuera de Roma o contemplar un cadáver.²⁷ A cualquiera que conozca el posterior historial de conquistas de César, le costará imaginar que estuviera dispuesto a asumir tal cargo; sin embargo, en aquella época, los Julios debieron de ver en ello una oportunidad para aumentar su gloria.

El cargo tuvo consecuencias para César. Siendo aún muchacho, se había prometido con Cosucia, cuyo padre pertenecía al orden ecuestre.²⁸ Los équites, que en origen integraban la caballería romana, eran hombres de una riqueza considerable que, aunque no ocupaban cargos políticos, desempeñaban funciones importantes como oficiales militares, contratistas del Gobierno o jurados en procesos penales. Cosucia no le aportaba a César ninguna distinción social, pero sí una gran dote que le permitiría mantener a su familia mientras él se embarcaba en la carrera política. En comparación con otras familias nobles, la posición de los Julios no era especialmente acomodada, cosa que tal vez explique la conveniencia de ese matrimonio. El problema estaba en que los sacerdotes de Júpiter solo podían casarse con mujeres patricias, lo cual quería decir que César debía romper su compromiso. Es posible que, dada la falta de abolengo de la familia de Cosucia, la ruptura no supusiera un gran golpe para César. Al fin y al cabo, su nueva prometida era Cornelia, hija del patricio Cina, el colega de Mario. Según parece, la joven pareja nunca llegó a ser investida como sacerdote y sacerdotisa, tal vez porque el sacerdote principal, enemigo de Cina, se negó a dar el consentimiento necesario.²⁹ En definitiva, César acabó librando-

se de las inconvenientes restricciones rituales, pero aun así obtuvo la distinción de una novia patricia.

Mientras tanto, en Oriente, Sila obtuvo varias victorias contundentes sobre las fuerzas de Mitrídates, suficientes para merecer un triunfo, pero a la postre acabó firmando la paz con el rey para poder regresar a Italia y vengarse de los partidarios de Mario. Desembarcó en el sur de la península en el año 83 y en noviembre del año siguiente ya había recuperado Roma. Para imponer su autoridad, recurrió al terror, que llevó hasta extremos inusitados incluso para los romanos. Seis mil hombres capturados durante una batalla a las afueras de las murallas fueron conducidos al centro de la ciudad. Sila convocó al Senado en un templo cercano y, en cuanto empezó a hablar, los verdugos comenzaron a masacrar a los seis mil. Mientras los gritos lo llenaban todo, Sila, como si tal cosa, les explicó a los senadores que no había nada que temer, que no eran más que unos criminales que estaban recibiendo su merecido.³⁰

Comoquiera que los asesinatos no cesaban, un audaz senador suplicó finalmente a Sila que aplacara la ansiedad general y dejara quién más iba a ser castigado. Sila accedió y empezó a publicar listas de ciudadanos proscritos por cuya muerte se ofrecía una recompensa. Los bienes de los proscritos fueron confiscados, y a sus hijos y nietos se les prohibió ejercer cargos públicos a perpetuidad. Algunos entraron en la lista y fueron asesinados sin más motivo que su riqueza, y hasta circularon chistes macabros como esos que empiezan «tres hombres entran en un bar»: a uno lo mataban por su mansión, a otro por su hacienda y a otro por sus baños.³¹

Sila se hizo nombrar dictador. El cargo, utilizado por última vez ciento veinte años antes, consistía tradicionalmente en un mandato por tiempo limitado como medio para resolver con eficacia las crisis militares, pero la intención de Sila era ejercer el cargo tanto tiempo como quisiera, y utilizó ese extraordinario poder para aprobar leyes a su antojo con el fin de reorganizar la República. Despojó a los tribunos de muchas de sus atribuciones

y decretó que ninguna ley podía ser aprobada en el concilio de la plebe sin el visto bueno del Senado. De este modo, no volvería a haber disputas como la que se había desatado en el 88 por el mando de la campaña contra Mitrídates. De paso, aprovechó para recompensar a sus partidarios. Las comunidades itálicas que habían apoyado al bando de Mario vieron cómo sus tierras eran confiscadas y entregadas a los veteranos de Sila, que incluso se permitió casar contra su voluntad a varias mujeres con sus oficiales favoritos.

Entre las personalidades que se congregaron en torno a Sila cuando este desembarcó en Italia en el 83 estaba Gneo Pompeyo, un joven extraordinariamente hábil y ambicioso que terminaría desempeñando un papel destacado en el conflicto entre César y Catón, poniéndose primero del lado de uno y luego del otro. Justo después del regreso de Sila, gracias a la fuerza de su personalidad y a sus contactos familiares, Pompeyo reunió un ejército privado de tres legiones y obtuvo una sucesión de victorias sobre varios oponentes. Cuando marchó con su flamante ejército al encuentro de Sila, este le hizo el extraordinario cumplido de bajarse del caballo y saludarlo como *imperator*, título que por regla general era otorgado por la tropa a un comandante victorioso.³²

Dueño ya de Italia, Sila, prendado del talento de Pompeyo y acaso también de su atractivo físico, intentó ganarse definitivamente al joven: él y su distinguida esposa, Metela, instaron a Pompeyo a que aceptase la mano de Emilia, hija de un matrimonio anterior de su mujer. Pompeyo comprendió que no tenía más remedio que plegarse a los deseos del dictador, situación que resultaba algo embarazosa incluso para alguien tan ambicioso como él: y es que no solo tenía que divorciarse de la que era su esposa, Antistia, sino que además Emilia estaba casada y esperando un hijo, por lo que ella también tendría que divorciarse.³³

La boda acabó pareciendo no tanto una celebración como otra de las truculentas artimañas a las que Sila era tan aficionado. Emilia fue presentada a Pompeyo en avanzado estado de gesta-

ción. La exesposa de este, Antistia, hacía poco que había perdido a su padre, asesinado en el Senado durante una de las purgas del joven Mario, y a su desconsolada madre, que se había suicidado. Ahora Antistia perdía también a Pompeyo. Y todo para nada, pues al poco de irse a vivir con Pompeyo, Emilia moriría dando a luz al hijo de su anterior marido. Por rocamboloso que pueda parecer este episodio, desastres como este no eran algo atípico entre la clase dirigente romana en aquellos años. Aun así, los nobles no se retiraban de la política. Casi cualquier cosa era preferible a una existencia gris y retraída.

Al mismo tiempo que la brutalidad de Sila llegaba a su punto álgido con las matanzas de ciudadanos, César alcanzaba la madurez. Era alto, de tez clara, con los miembros bien formados y los ojos oscuros y vivaces. Prestaba atención a su aspecto y llevaba la cara afeitada con esmero (y, según las malas lenguas, también otras partes del cuerpo). Su indumentaria también llamaba la atención: bajo la toga, llevaba una túnica con las mangas inusualmente largas y adornadas con franjas, que se ceñía con un cinturón muy suelto.³⁴

El regreso de Sila a Roma puso a César en una posición difícil. Aunque todavía le faltaban muchos años para ocupar un cargo político, el hecho de ser sobrino de Mario y yerno de Cina hacía posible ver en él a un futuro líder de los marianistas, es decir, de aquellos grupos de la sociedad romana molestos con el dominio senatorial, como los pobres campesinos itálicos. Sila, decidido a fortalecer la nobleza y el Senado, quería asegurarse de que la causa marianista no resurgiría. Para garantizar que la conexión de César con Mario quedaba cortada de raíz, César debía divorciarse de Cornelia. Es posible que Sila tratara de convencerlo de que aquello era una oportunidad, y que le ofreciera una nueva y prestigiosa cónyuge, como había hecho con Pompeyo; pero César ya tenía una esposa de la más alta condición social y de la que por lo visto estaba muy enamorado. Además, al dar

muerte al joven Mario y profanar la tumba del padre, Sila había agraviado también a la familia de César. Furioso y desafiante, este se negó a repudiar a su esposa.³⁵

Las consecuencias para él fueron severas. César se vio privado del derecho a ejercer su sacerdocio, de la dote de Cornelia y de los bienes que había heredado de su padre. Convencido de que su vida corría peligro, huyó de Roma disfrazado y se ocultó en la región montañosa al noreste de la ciudad. Todas las noches cambiaba de alojamiento en secreto, pero fue descubierto cuando, enfermo y con fiebre, tuvo que ser llevado en litera. Un destacamento de soldados de Sila andaba peinando la zona, probablemente en busca de personas que figurasen en la lista de los proscritos. César se salvó sobornando al comandante con una suma sustanciosa. A pesar de que ninguna fuente antigua lo atestigüa de forma explícita, parece que César estaba incluido entre los proscritos; aunque no fuera así, debía de temer que quisieran asesinarlo.³⁶ Eran tiempos sin ley.

Mientras, en Roma, amigos y familiares trataban de interceder por César ante el dictador. Uno de los colectivos que habló en su favor fueron las influyentes vírgenes vestales, las seis sacerdotisas que custodiaban la llama de Vesta, la diosa del hogar, de la que se decía que, si se apagaba, era porque Roma corría peligro. Es probable que hubieran conocido a César en el momento de su nombramiento como sacerdote de Júpiter, y sin duda debían de conocer a Aurelia, dos de cuyos parientes defendieron también a César. A regañadientes, Sila acabó cediendo. Los biógrafos posteriores de César ponen comentarios ominosos en boca de Sila: había que estar loco para no «ver en ese muchacho a muchos Marios»; lo más sensato era «guardarse de ese joven mal ceñido».³⁷ Cabe preguntarse si es casualidad que los críticos y admiradores de César solo «recordaran» tales advertencias después de que este se estableciera como político popular unos años más tarde. Sin embargo, tampoco es descabellado suponer que Sila, al ver a aquel joven tan independiente, con su cinturón suelto y su mirada retadora, intuyera el rumbo que había de to-

mar la vida de César.³⁸ La misma audacia que ardía en uno movía también al otro.

Casi sin ayuda de nadie, aquel valeroso joven de dieciocho años le había plantado cara a un dictador. Si no lo habían hecho antes, a partir de ese momento los marianistas debieron de ver en él a un futuro líder: los colectivos que Mario había agavillado acabarían convirtiéndose en la base natural de la carrera política de César. El peligro que había corrido despertó en él la conciencia de lo injustas que habían sido muchas de las acciones de Sila. Con el tiempo, César se erigiría en valedor de las víctimas del dictador —sobre todo de los hijos de los proscritos, a los que se había prohibido ocupar cargos políticos—³⁹ y tendería a simpatizar con los necesitados antes que con los opulentos. No iba a permitir que sus sucesores políticos siguieran arruinando vidas, como había intentado hacer Sila con él y Cornelia. Aquel encontronazo despertó en César el odio a la guerra civil, pero también lo convirtió en un hombre más duro. A pesar de su compromiso con la justicia, estaba convencido de que solo podía confiar en sí mismo. Para sobrevivir y prosperar, debía adquirir más poder que nadie.

Catón vivió la dictadura de manera muy distinta. Sila, que era un viejo amigo de la familia, llegó incluso a mostrar afecto por él. En una ocasión, el dictador estaba preparando un festival conocido como los Juegos Troyanos, en el que los muchachos de la nobleza ejecutaban elaboradas maniobras ecuestres. Sila eligió a dos jóvenes para el papel de jefes: el primero era un hijo de su esposa, Metela, al que los muchachos aceptaron por la gran influencia de su madre; en cambio, cuando nombró como segundo a un primo de Pompeyo, por alguna razón el resto de los muchachos se mostraron descontentos y no quisieron entrenarse con él. Cuando Sila les preguntó a quién preferían en su lugar, gritaron todos: «A Catón». Y Catón fue el elegido.⁴⁰

Un día, Sila invitó a Catón y a Sarpedón a su casa y conversó con ellos, gentileza que dispensaba solo a unos pocos. Sarpedón,

preocupado por la seguridad de su pupilo, insistía en volver de vez en cuando para que el chico presentara sus respetos, a pesar de que la casa, escenario habitual de torturas, parecía una estampa del inframundo. Catón, horrorizado al ver cómo sacaban del domicilio las cabezas de algunos de los proscritos, le preguntó a Sarpedón por qué nadie mataba a Sila. Sarpedón respondió que nadie había tenido la ocasión, a lo que Catón replicó que le diera una espada, «afirmando que él mismo le daría muerte».⁴¹ Cuando Sarpedón oyó eso y vio la expresión de ira en el rostro de Catón, se asustó tanto que a partir de entonces no le quitó el ojo de encima al chico.

Es fácil preguntarse si quizá esta anécdota se reformuló a raíz de acontecimientos posteriores. Cuando Catón fue elegido por primera vez para un cargo político en la década del 60 a. C., exigió que quienes hubieran asesinado a los hombres que figuraban en las listas de proscritos de Sila devolvieran sus recompensas al tesoro.⁴² Puede que entonces empezaran a «venir a la memoria» nuevos detalles del encuentro entre Catón y Sila, algo que también pudo ocurrir con César una vez que su carrera política empezó a estar encarrilada. Con todo, no deja de ser posible que un chiquillo de trece años amenazase con enfrentarse a un tirano —por escasas que fueran sus probabilidades de éxito—, ya que la educación retórica de los niños romanos abundaba en tiranos a los que era preciso censurar y matar. Puede que esa clase de amenazas fueran un mero instinto para un muchacho como Catón, poseedor de un profundo sentido de la justicia.

A lo largo de los años siguientes, según se acercaba a la edad adulta, la peculiar personalidad de Catón empezó a manifestarse de manera inequívoca.⁴³ A diferencia de César, tan aficionado al cuidado personal, Catón desarrolló el gusto por la austeridad. Cuando, por ejemplo, su querido medio hermano Cepión empezó a usar perfume, como a veces hacían los jóvenes romanos, Catón se negó a hacerlo, aunque en otros aspectos lo imitaba.

Cuando contaba unos veinte años, Catón se estableció en una casa propia, donde podía impresionar a los visitantes con su mo-

deración. Rehuía las comidas abundantes, bebía poco (aunque esto cambiaría más adelante), caminaba siempre por la calle en lugar de montar en carro y, a diferencia de otros, que se apuntaban a la moda de lucir bajo la toga una túnica de vivo color púrpura, Catón prefería tonos más oscuros. Más sorprendente aún: en ocasiones incluso se dejaba ver en público descalzo y sin túnica. Al igual que César, Catón llamaba la atención a través de la indumentaria, con la diferencia de que, mientras que César quería parecer sofisticado, el aspecto de Catón era el de un romano de varios siglos atrás, de los que ya solo se veían en las estatuas antiguas diseminadas por la ciudad. Los hombres duros de antaño no necesitaban ropa interior suave, y Catón tampoco.⁴⁴

El atuendo de Catón lo ayudaba a ganar publicidad y despertaba en los votantes el recuerdo de su ilustre antepasado, pero, al igual que otras facetas de su estilo de vida, no era una simple estratagema. Poco después de mudarse a su nueva casa, Catón invitó al filósofo estoico Antípatro de Tiro a que fuera a vivir con él. Era una práctica habitual que los senadores romanos contaran con un filósofo particular que diera fe de su virtud y los ayudara a sobrellevar los momentos de frustración. Catón sentía una profunda afinidad con el estoicismo, que predicaba contra el materialismo; preconizaba la vida virtuosa y tachaba de débiles a quienes se regodeaban en el lujo o incurrían en él de forma ocasional. Defendía, sobre todo, ese «tipo de bien que es rígido en lo referente a la justicia y no cede a la indulgencia o al favor».⁴⁵ Aspiraba a estar libre de toda tacha y no dudaba en mirar por encima del hombro a los demás por sus defectos.

Sin embargo, a diferencia de muchos moralistas, Catón no era un hipócrita. Se exigía a sí mismo tanto como a los demás y se desvivía por mantenerse fiel a su compromiso con la justicia. Los estoicos se ejercitaban para contener las emociones en la medida de lo posible, pero Catón nunca dejó de expresar su indignación cuando percibía alguna injusticia y rugía como un toro furioso ante las fechorías ajenas. Años después de la dictadura de Sila, todavía hervía de odio por el hecho de que tantos hombres sin

escrúpulos hubieran aprovechado la oportunidad para hacer fortuna.

El primer compromiso matrimonial de Catón ejemplifica hasta dónde podían llegar sus iras. Los esponsales eran asuntos de orden mayormente jurídico en los que los futuros novios y sus familias ratificaban un contrato. Catón había elegido como futura esposa a una mujer llamada Emilia Lépida, que poco antes había estado prometida a Cornelio Escipión Nasica, un noble con un linaje mucho más distinguido que el de Catón. Escipión había roto su compromiso, pero después, antes de que Lépida se casara con Catón, cambió de parecer y consiguió recuperarla.⁴⁶

Catón se puso hecho una furia e incluso se planteó emprender acciones judiciales. Cuando sus amigos lo disuadieron de dar semejante paso, para el que no había precedentes, se vengó escribiendo poemas difamatorios contra Escipión. Para ello, Catón se inspiró en el poeta griego arcaico Arquíloco, quien, tras quedarse también compuesto y sin novia, se desquitó con tanta saña en sus versos que, según se dice, su prometida y el padre de esta se ahorcaron. Si bien es cierto que Catón, al parecer, le ahorró a Escipión las obscenidades que hicieron famoso a Arquíloco, su venganza fue impropia de un estoico. La hombría de Catón había sido insultada, pero más que eso era la sensación de injusticia lo que lo exasperaba. Acabó casándose con una mujer llamada Atilia, procedente de una familia menos distinguida que la de Lépida. Según la tradición biográfica, ella fue la primera mujer con la que mantuvo relaciones sexuales, cosa que, de ser cierta, sería otra muestra de su firme deseo de llevar una vida comedida.⁴⁷

Los sentimientos y opiniones extremos son comunes en los jóvenes, y a los hijos de las familias romanas nobles se los animaba a actuar con agresividad para ganar fama. César y Catón destacaron en su adolescencia, como lo harían más tarde en la vida, por su vehemente compromiso con la justicia y la integridad perso-

nal: pese a sus diferencias, eso era algo que tenían en común y que nos ayuda a explicar por qué destacaron como las dos grandes figuras de su generación. César desafió a Sila; Catón recorría Roma tiritando de frío. El peligro que César había corrido durante la guerra civil lo llevó a simpatizar con las víctimas inocentes; Catón volcaba sus iras sobre quienes se habían beneficiado ilegalmente. Ambos compartían el horror por los desastres de la guerra civil, aún palpables para la gente de su generación.

Tras aprobar todas las leyes que le vino en gana, Sila renunció a la dictadura, ejerció un último consulado ordinario en el año 80 a. C. y abandonó Roma para siempre para pasar los dos últimos años de su vida en el golfo de Nápoles, retozando con los actores y actrices de cuya compañía siempre había gustado. También trabajó en unas extensas memorias en las que se presentaba como el elegido de los dioses, motivo por el cual siempre salía victorioso.⁴⁸ Aunque su crueldad suscitó la repulsa general y tras su muerte estallaron nuevos disturbios, sus partidarios en el Senado consiguieron mantener el poder en Roma a lo largo de la década siguiente.

Si querían llegar algún sitio en la política, César y Catón debían dedicar esos años de su vida —la veintena en el caso de César, el final de la adolescencia y la primera veintena en el de Catón— a labrarse una reputación y formarse como soldados y oradores. Tendrían que andarse con cuidado con los viejos amigos de Sila, sobre todo César. Pero nunca olvidarían lo que habían visto y vivido.